

tengo claro que quien lo descargue de la red nunca hubiera comprado mi novela, o sea que prefiero que me la lea gratis a que no me la lea. Tal vez la próxima vez se decida a comprar un libro aunque no sea mío.

Algo es cierto: he vendido casi veinticinco millones de libros y todo el dinero que me han pagado me lo he gastado, pero una gran parte de los lectores que he conseguido, aún los conservo. Y de todo el dinero que gané la mitad se lo llevo Hacienda. Sin embargo Hacienda aún no ha logrado arrebatarme un solo lector. En Inglaterra, país culto donde los haya, los escritores no pagan impuestos por el fruto de su trabajo, pero en España, pese a pertenecer también a la Unión Europea, cada año debo entregar la mitad de mis ingresos a Hacienda o me embargan. Eso significa que un escritor inglés cuenta con el doble de medios económicos que yo para viajar o investigar a la hora de encarar un nuevo trabajo. Eso no evita que las autoridades españolas se lamenten de que nos esté invadiendo la cultura anglosajona, y lo único que se les ocurre para remediarlo es adquirir los más emblemáticos y costosos edificios de cada capital con el fin de instalar un nuevo Instituto Cervantes en el que dar cobijo a «intelectuales» afines al partido que se encuentre en esos momentos en el poder. Para nuestra voraz, inculta y derrochadora administración tan solo somos europeos cuando conviene, y esa es una de las razones por la que prefiero regalarle la mitad de mis ganancias a unos lectores anónimos que tal vez me lo agradezcan, que a un gobierno que no solo no lo agradece, sino que no acepta que para escribir una novela interesante sea necesario viajar e investigar.

Siento curiosidad por saber si las editoriales continuarán con su absurda política inmovilista o comprenderán que es hora de renovar unos hábitos que no han evolucionado un ápice en trescientos años mientras que a su alrededor el mundo se transforma a marchas forzadas.

En mi juventud una película se estrenaba en una única y enorme sala, estaba

casi un año en cartel y tan solo entonces pasaba a los cines de barrio. Hoy se estrena en cuarenta multisalas, a los quince días se edita en «DVD», al mes se compra en televisión, y se puede ver en las cadenas abiertas a los tres meses. Si las grandes productoras cinematográficas, con sus complejos estudios de «marketing» han llegado al convencimiento de que esa es la fórmula que conviene en los tiempos que corren, las editoriales deberían tomar buena nota al respecto.

El mundo del libro tiene la enorme suerte de que no resulta rentable a los «piratas» del «Top-Manta» que tanto daño hace a las industrias del cine y la música, pero por eso mismo, y por la gran competencia de la televisión y todo tipo de deportes de masas, los que lo gestionan deberían plantearse un cambio radical e intentar conseguir lectores antes que beneficios. Sin lectores no hay beneficios, y cuando haya muchos lectores ya llegarán los beneficios. Resultará muy interesante comprobar si los Ministerio de Cultura y Hacienda seguirán opinando que es preferible que los empresarios -en este caso los editores- continúen manteniendo el privilegio de abaratar los precios únicamente cuando les convenga sin tener en cuenta los intereses de los lectores, al tiempo que no cesan de apretarle las clavijas al pobre trabajador -en este caso el autor-.

Por lo visto un gobierno que se autodenomina socialista considera que es preferible proteger al que se beneficia económicamente de la cultura que al que la crea.

Existen varias editoriales multimillonarias, pero ni un solo autor español mínimamente «acomodado»

El viejo dicho, «*En España escribir es llorar*» ya no tiene sentido: debería decirse «*En España escribir -y leer- es pagar*».

Alberto Vázquez-Figueroa

Sacado del blog del autor:  
<http://vazquezfigueroa.blog.com/>